

GARY MCLEAN
**BEN NABO Y SUS
ASOMBROSAS AVENTURAS:**
EL MARATÓN DE LA ISLA CANGURITA



Primera edición.

BEN NABO Y SUS ASOMBROSAS AVENTURAS:

El maratón de la isla Cangurita.

© 2023, Gary Mclean.

© Libros y literatura SL

www.librosyliteratura.com

contacto@librosyliteratura.com

© Corrección: Victoria Mera.

© Ilustración de portada y de interiores: Carrie on Art (Carol Garrido).

© Diseño de interiores: Marta F. Alarcón.

Impreso en España.

ISBN: 978-84-127447-1-2

Depósito Legal: A 407-2023

Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.



ÍNDICE

CAPÍTULO 1: EL EXAMEN	11
CAPÍTULO 2: ENTRENAMIENTO	21
CAPÍTULO 3: NORMATIVA DEL MARATÓN	31
CAPÍTULO 4: ETAPA 1	41
CAPÍTULO 5: ETAPA 2	53
CAPÍTULO 6: ETAPA 3	65
CAPÍTULO 7: ETAPA 4	77
CAPÍTULO 8: AVENTURA CLANDESTINA	89
CAPÍTULO 9: ETAPA 5	99
CAPÍTULO 10: LA JUSTICIA	111
AGRADECIMIENTOS	119



CAPÍTULO 1: EL EXAMEN



Hola, amigos, soy Ben Nabo, un canguro.

No sé si sabéis que existen cuatro especies de canguros. Soy el más grande de los cuatro, en concreto, el canguro rojo. Sé nadar y correr o, mejor dicho, saltar rápidamente, y si necesito defenderme puedo boxear bien.

Hoy el cielo está azul, hay unas pocas nubes blancas y una brisa suave. Estamos en primavera y, si soy honesto, esta es mi estación favorita.

Anoche dormí dos horas en total, creo... pues se me conoce por exagerar bastante. Sin embargo, dormí menos de las ocho horas a las que estoy acostumbrado. La razón de mi sueño inquieto es, indudablemente, que asistiré a un examen importantísimo dentro de cinco horas. ¡Qué estrés! Odio los exámenes.

Hoy, por si acaso, he tomado dos tazas de café con una tostada cubierta de zanahoria y debo deciros que ahora estoy preparado para afrontar la faena.

Entré por la puerta del despacho que está al costado del enorme hangar.

¡Qué tonto de mí! No os he explicado a lo que me dedico, o sea, mi profesión perfecta, en mi humilde opinión. Soy piloto de helicópteros y trabajo con un equipo dedicado a rescatar ciudadanos en apuros en nuestra isla Cangurita, perteneciente a Australia, donde viven muchísimos ciudadanos canguros.

¿Por dónde íbamos...?

Ah, ya me acuerdo, la puerta del despacho.

Miré hacia mis pies sobre el felpudo con las palabras pintadas en color amarillo «SIEMPRE LISTOS», que es nuestro lema y está grabado en mi memoria. Inmediatamente, fui adentro del espacio que funcionaba no solamente como una recepción, sino como una sala de espera.

En cuanto me vio la recepcionista, me dijo con voz acogedora:

—Buenos días, Ben. —Y después de una pausa para respirar, continuó—. Y buena suerte con tus exámenes.

Ella sabía que no me gustan los exámenes.

Como os he dicho antes, soy piloto de helicópteros. Con frecuencia tengo que hacer ejercicios y otros exámenes para mantener mi licencia de aviación y, sobre todo, aprender nuevas maniobras de rescate, además de mejorar mis destrezas y capacidades. Por esa razón, tengo un examen hoy en el que usaré un torno y un cable en un ejercicio simulado.

Habrà un maniquí colocado encima del saliente, al lado de un acantilado. La prueba será juzgada por mi jefe, Eduardo Esmeralda. Mi compañero, Pedro Pollito, también estará en el helicóptero para operar el torno mientras vuelo con precisión (espero). Por cierto, Pedro es el sobrino de mi

hermana mayor, Silvia. Lleva trabajando como médico de emergencias en nuestro equipo desde hace dos años. Es un hombre muy fiable, competente y, sobre todo, siempre puntual. Nunca llegará tarde para nada.

A continuación, hablaré sobre nuestra plantilla de la excelencia. Somos ocho en total: dos pilotos, en realidad tres (el jefe sabe volar también), dos médicos, un mecánico, un contable y, por último, pero no menos importante, nuestra recepcionista Margarita Latido. En mi opinión, su apellido le viene como anillo al dedo porque mi corazón late más cuando me acerco a Margarita. Aunque ella está soltera (como yo), es simpática (como yo) y es súper guapa (y yo, pues... no sé), trato de separar mi vida privada de mi vida profesional, por lo tanto, intento no mostrarle mis verdaderas intenciones a Margarita.

Entonces, le dije:

—Buenos días y muchas gracias. La necesitaré. —Me acerqué al mostrador y susurré como si fuera un secreto—. Estoy un poquito nervioso, Margarita.

—No te preocupes, Ben. Todo saldrá bien —respondió con voz tranquilizadora.

En ese instante, mi jefe abrió la puerta que está al fondo y a la derecha del mostrador de la recepción. Yo empecé a hablar primero con cortesía, con mi estilo habitual, y le dije:

—Buenos días, Eddy.

Una norma no escrita es que mientras nos comunicamos en nuestra estación podemos usar nuestros nombres para crear un ambiente amistoso y sin niveles distintos entre los empleados. Según Eduardo, cada posición en el equipo

tiene una responsabilidad e importancia y cada cual debe respetar el eslabón en la cadena. Eduardo me respondió:

—Hola, Ben, ¿estás listo para hoy?

—Ojalá —le contesté sin seguridad.

—Pues puedes confirmar con Angus que todo está listo y que el depósito está lleno. Despegaremos a las diez en punto. Ahora mismo, Pedro está en el vestuario aseándose para nuestra excursión. Hizo una pausa y se asomó con una sonrisa atrevida.

—Vale, Eddy —le dije con aire de inseguridad.

Por cierto, Angus es nuestro mecánico de helicópteros. Es un buen hombre con un nombre difícil para hacer un diminutivo y, además, tampoco le gusta tener un apodo, así que el nombre de Angus se queda en Angus.

Estábamos en la sala de operaciones donde Eddy nos explicaba nuestra misión, es decir, mi examen. Después de que Pedro y yo escucháramos atentamente las instrucciones que nos había dado Eddy, fuimos al helicóptero donde vimos a Angus al costado, con los pulgares levantados para informarnos de que estaba listo para despegar. Arranqué el motor y empezamos a volar hacia las montañas, donde tendría lugar la maniobra planeada. Al cabo de un rato, llegamos al sitio especialmente elegido para llevar a cabo mi examen.

Divisé un maniquí que habían colocado los bomberos esa misma mañana. Eddy apuntó con su mano izquierda en su dirección para mostrármelo. Yo asentí y, por el micrófono, le dije que lo veía.

La maniobra constaba simplemente de cuatro tareas: la primera era bajar a Pedro atado al cable hasta el maniquí

mientras Eddy operaba el torno y yo volaba cautelosamente. En la segunda, Pedro daría una señal para bajar la cesta para el herido (o sea, el maniquí) encima del saliente.

La tercera consistía en alzar al herido hasta el helicóptero y, finalmente, elevar a Pedro de nuevo para cumplir nuestro rescate.

Todo fue bien, sin problemas, hasta la última tarea. En ese momento, el clima cambió y el viento sopló con más fuerza en dirección oeste, es decir, directamente contra la faz del acantilado.

Debido a las turbulencias, tenía dificultades para controlar el helicóptero en una posición estable. La primera vez que probé a levantar a Pedro me sentía incómodo porque, para colmo, ¡estaba muy cerca del acantilado!

Francamente, tenía una sensación de malestar y decidí abandonar cuando Pedro no podía agarrar el cable que se balanceaba en todas las direcciones, salvo donde estaba él. Eddy rebobinó el cable (sin Pedro atado) y yo di una vuelta para tratar de realizar de nuevo la maniobra cuidadosamente.

Esta vez, dirigí el helicóptero un pelín ladeado, oponiéndolo a la corriente, y logré mantenerlo lo suficientemente estable para rebobinar el cable con Pedro y completar la tarea.

Suspiré con alivio, aunque no sabía si había aprobado o suspendido. Además, Eddy no me mostró ninguna indicación con sus gestos y me dijo solemnemente que nos quedaríamos en la estación para analizar lo que había ocurrido.

Eddy se sentó detrás de su escritorio y escribió algo en una página que parecía oficial, aunque desde mi asiento no se podía ver claramente.

Pedro estaba a mi izquierda, en el otro asiento. Por fin, Eddy mostró una mirada más feliz que infeliz. Pensé que era una buena señal, y así fue.

—Antes de nada y sin más dilación... Ben, me enorgullece anunciar que has aprobado tus exámenes, aquí tienes un certificado firmado para ti —dijo mientras me entregaba el papel.

Luego, continuó:

—Además, has mostrado mucha calma y compostura al reintentar la última tarea con menor peligro cuando las condiciones habían cambiado. —Se tomó una pausa y me dio la mano sonriendo—. Muy bien, Ben. Y tú también, Pedro. Ahora necesito hablar contigo, Ben, sobre otro asunto importante. Pedro, puedes quedarte también.

»A ver, como todos los ciudadanos de Cangurita, ya conoceréis el maratón que se hace en nuestra isla. A mí en particular me gustaría inscribir a un equipo de los Servicios de Emergencias.

—No puedo, por favor —contesté sin aliento.

—¿Por qué no? —rebatí Eddy.

—No estoy en forma y, sobre todo, no puedo correr durante tanto tiempo... ¡Me aburro!

—No sólo consiste en correr. Hay otras disciplinas como la de senderismo, ciclismo, piragüismo y espeleología.

—¿Espeleo... qué? —dije confundido.

—Cada equipo debe estar formado por dos componentes: un macho y una hembra. Jaime tendrá que irse de vacaciones pronto, así que Pedro, nuestro otro médico, no puede ir debido a que sólo queda un médico en la estación en caso de que alguien requiera tratamiento. Por eso te elijo a ti, Ben.

Hubo dos resoplidos, uno mío al suspirar y el otro de Pedro, que suspiró con alivio.

—¿En serio? —dije con angustia.

—No obstante, vas a tener una compañera para disfrutar la experiencia: nuestra recepcionista Margarita.

En ese momento mi estado anímico cambió radicalmente, en sentido positivo. Tras saber esto, solté un discurso:

—Al fin y al cabo, somos una familia, supongo... y de vez en cuando hay que hacer sacrificios por el bienestar del equipo. Me apuntaré, Eddy.



CAPÍTULO 2: ENTRENAMIENTO



Al día siguiente, me desperté con energía gracias al sueño profundo. Mientras desayunaba, recordé el día anterior al ver el certificado que había conseguido y que estaba encima de la mesa del comedor. Pero la visión más clara fue de cuando me apunté para participar en el maratón. De repente, una ola de temor atravesó mi cuerpo entero. Esperaba no arrepentirme de esa decisión. Al menos, tendría a Margarita a mi lado. Ese pensamiento me provocó una sonrisa de alegría.

Fui a la estación más tranquilo, sin tanta ansiedad como el día anterior, aunque debería haber estado más preparado.

—Eddy quiere verte en su despacho lo más pronto posible, Ben —dijo Margarita.

Me detuve en medio de la sala de espera y contesté:

—Gracias, iré directamente hacia allí.

Cuando entré en el despacho, Eddy estaba hablando con entusiasmo por teléfono y me indicó con su mano que me sentara. Poco después colgó, me miró intensamente y dijo con disimulo:

—¡Nos veremos, Ben!

No entendí nada de lo que dijo.

—Ese era el jefe de los bomberos, ¡qué cara tiene! Sólo le llamé para agradecerle por su ayuda ayer colocando el maniquí para tu examen. Se estaba burlando y diciendo que no hay ninguna posibilidad de ganar el maratón porque los bomberos han inscrito un equipo. Sobre todo, me da rabia que asuma que su equipo es mejor que el nuestro.

»Ben, con respecto al maratón, escúchame: lo más importante es la participación y tratar de hacerlo lo mejor posible.

—Sí, Eddy. Trataré de dar lo mejor de mí —respondí.

—Aunque me encantaría que cruzaras la línea de meta antes que los bomberos —dijo con esperanza—. Ve ahora mismo a la recepción, por favor, dile a Margarita que venga y tú la vigilas mientras le doy la noticia del maratón. Ambos regresaremos al despacho después de almorzar, a las cuatro, para tener una reunión.

Entonces me di cuenta de que ella no sabía nada acerca del maratón. Me gustaría ver su reacción cuando Eddy le dé la noticia de que ella es la otra parte del equipo de Servicios de Emergencias.

Estaba en el hangar del helicóptero hablando con Angus sobre las hélices y sobre que sería mejor si las pudiera limpiar y pulir.

—Antes de que el helicóptero vuele la próxima vez estaría genial, Angus —le pedí.

Salí del hangar, miré mi reloj y vi que eran las tres de la tarde. Faltaba una hora hasta la reunión. Después, Eddy captó mi atención. Estaba cerca de la pista de despegue, en

una conversación con otro canguro de la que no pude oír una sola palabra. Eddy parecía estar hablando más que el otro.

El otro tipo tenía unos músculos enormes, y eso que estaba al menos a cincuenta metros de distancia de ellos. Me imaginaba lo grande que era en realidad. El hombre iba en pantalón de chándal y llevaba una camiseta de tirantes y unos tenis de color amarillo brillante. También tenía un gorro a juego con el color de sus zapatos. Parecía un gorila al que le gusta el color del plátano y que, probablemente, come veinte plátanos al día para desayunar.

De repente, la conversación se acabó y se dieron la mano. Después, ambos miraron sus relojes y asintieron con sus cabezas. Eddy se acercó y empezó a hablar con energía cuando todavía estaba a diez metros de distancia de mí.

—Margarita ha confirmado. A ella no ha hecho falta convencerla con nada especial. Ben tiene una pareja, o sea, un miembro del equipo más que es muy competitiva, aparentemente —dijo apenas sin aliento—. Voy al despacho, tengo que hacer una llamada urgente.

No tuve oportunidad para preguntar sobre el tipo con el que estaba hablando, ni siquiera sobre cómo había ido la reunión con Margarita. «Por lo menos tengo una pareja», pensé alegremente.

De nuevo me senté en el despacho de Eddy, pero en vez de Pedro, a mi lado estaba Margarita.

Nuestro jefe se mostraba alegre y, abriendo sus brazos hacia nosotros, exclamó con orgullo:

—¡Nuestro equipo fantástico!

Margarita y yo sonreímos modestamente.

—Acabo de confirmar nuestra inscripción a través de la organizadora por vía telefónica. Hoy era el último día para inscribirse. Ahora sé que era una llamada urgente.

He contratado a un entrenador que os ayudará a conseguir la forma física que necesitáis. Vais a necesitar mucha resistencia. Os presento a Konan —dijo como si fuera un presentador anunciando un espectáculo antes de que abran las cortinas con una perfecta sincronización.

La puerta del despacho se abrió con potencia. Un tipo enorme entró vestido con ropa deportiva. Era el mismo canguriciudadano que antes había visto hablando con Eddy. Lo tenía a apenas a un metro de distancia y, si tuviera que describíroslo en una palabra, diría «Hércules».

Konan nos dio la pata y luego nos dio un repaso con una mirada robótica a los dos, escaneándonos mientras explicaba sus intenciones para convertirnos en los atletas que conquistarán el maratón de la isla.

—A primera hora de la mañana empezaremos a gusto en el gimnasio municipal —nos ordenó con autoridad—. Las puertas estarán abiertas a las seis, nos vemos allí. Os recomiendo que descanséis esta noche, necesitaréis todas vuestras fuerzas al completo.

Me sentí fatal solamente pensando en qué ocurriría mañana. Vi por el rabillo del ojo una sonrisa diabólica de Eddy. Al contrario que Margarita y yo, que estábamos pálidos.

Konan salió precipitadamente.

Margarita y yo nos quedamos helados. Yo tenía una mezcla entre temor y esperanza, pero más temor que otra cosa,

ya que suelo soltarme pedos cuando estoy nervioso y me preocupaba avergonzarme en frente de Margarita.

Por suerte, en esta ocasión pude mantener la compostura. Posiblemente, ayudó el hecho de no haber comido nabos, que son el catalizador de estos gases.

Margarita estaba muy animada, a pesar de lo que teníamos por delante.

—Es un desafío, y, sobre todo, a mí me gusta entrenar — anunció Margarita.

«Bueno, podría ser una etapa nueva en mi vida de la que no me arrepentiré», pensé positivamente.

Los dos tomamos rumbos distintos, pero con el mismo destino: la puerta del gimnasio donde Konan nos estaba esperando impacientemente. Llegamos al mismo tiempo, a las seis en punto.

—Habéis aprobado vuestra primera tarea —dijo Konan mirando su reloj.

El gimnasio tenía una sala de pesas y máquinas para trabajar diferentes músculos, como bíceps y piernas. También había una piscina cubierta que medía veinticinco metros de largo y, al lado del gimnasio, había una pista de atletismo.

—Calentaremos un rato y después comenzaremos con el levantamiento de pesas —soltó Konan.

Afortunadamente, había poca gente tan temprano para ver a Margarita levantar más peso que yo. Y hacer más flexiones, dar más saltos en la cuerda, tener más flexibilidad... En otras palabras, ella tenía más habilidades que yo. Si lo hubiera sabido, no habría ido. ¡Qué vergüenza!

¿Cómo iba a impresionar así a Margarita?

Sin embargo, Margarita me dio palabras de ánimo. Su ropa deportiva dejaba ver su silueta perfecta. En mi humilde opinión... ¡Qué guapa!

Después de tres horas de entrenamiento sin pausa, Konan nos permitió un descanso. Entretanto, todo tipo de canguritos seguían entrenando alrededor de nosotros. Desde donde estábamos sentados, podíamos ver a una pareja entrenando con dedicación extrema. Me imaginé que ellos irían a los Juegos Olímpicos. Miré a Margarita y susurramos a la vez:

—¡Qué fuerte!

Pero no teníamos un segundo más para seguir contemplándolos porque Konan dirigió sus manos hacia la pista de atletismo. Cuando llegamos a la pista, Konan nos contó un montón de números como si fuera un maestro de mates.

—Cien por cinco, doscientos por ocho, cuatrocientos con y sin vallas tres veces cada uno, etc.

—¡Dios mío, ayúdame! —murmuré.

Yo sabía que nadie iba a venir a ayudarme ni a contestar a mi rezo, pero después del primer ejercicio estaba reventado y no tenía ganas de continuar un metro más.

Como antes en el gimnasio, Margarita mostró mayor resistencia y que no necesitaba tanto entrenamiento como yo para estar lista para la línea de salida. También como antes, ella me animó e hicimos las tareas que faltaban juntos, a mi ritmo, o sea, superlento.

Durante nuestra sesión en la pista de atletismo estaba la misma pareja que vimos en el gimnasio levantando unos pesos tremendos. Nos adelantaban una y otra vez con facilidad. Ellos se encontraban en un descanso, como nosotros.

Fueron al baño del gimnasio, bastante agotados, mientras nosotros tomábamos unas bebidas especialmente preparadas por Konan. Nos sentamos sobre el césped del interior de la pista, que formaba un óvalo. Konan nos informó de que las bebidas contenían sales y electrolitos para recuperar energías y, sobre todo, prevenir calambres.

Mientras disfrutábamos de nuestras bebidas sabor limón, la pareja salió del servicio con un vigor que era evidentemente un cien por cien mayor que antes. Ambos corrían como si tuvieran el peso de una pluma.

«Algo no me huele bien», pensé dubitativo.

—¡Qué rapidez! —comentó Margarita mientras mirábamos cómo los dos recorrían la pista como si estuvieran patinando sobre hielo.

Nuestra última sesión fue con las vallas que teníamos que saltar. No comprendía para qué servía saltar las vallas, pero nunca encontraba las razones con Konan.

Por fin, Konan silbó para terminar la sesión. Se acabó.

Arrastré mi cuerpo derrotado hasta mi casa y me quedé frito sobre las sábanas hasta el día siguiente.

La rutina continuó durante otras dos semanas. Eddy había acertado nuestros horarios de trabajo para que pudiéramos concentrarnos más en nuestros entrenamientos.

El entrenamiento incluía un tiempo montando bicicletas estáticas, o lo que es lo mismo: *spinning*. También habíamos estado haciendo largos en la piscina. ¡Qué aburrido! Era como tener mi cabeza sumergida en un cubo de agua durante una hora.

Después de dos semanas estrictas haciendo ejercicio y

una dieta sana, me sentía bastante rejuvenecido, si esa es la palabra.

Por cierto, la pareja del gimnasio seguía mostrándonos hazañas extraordinarias, en la piscina también, curiosamente siempre que salían de los baños. ¡Qué extraño!

Ese día Konan parecía contento con nuestro progreso y nos anunció que ya estábamos listos. Nos agradeció nuestra entrega y el estar tan comprometidos con la causa.

—El viernes que viene podéis recoger vuestros dorsales y tendréis la oportunidad de ver a los otros equipos que se han registrado. Aunque esta noche os invito a mi restaurante favorito, que tiene la mejor *pizza* en toda la isla —dijo orgulloso y visiblemente conmovido—. Comeremos como soldados antes de ir a la guerra.

«Sinceramente, prefiero otras palabras para brindar», pensé cautelosamente.

